

cio que ejercen con los billetes de teatros los revendedores. Pero si alguno quiere saber la altura á que ha llegado este mercado, no tiene sino colocarse una noche á la puerta de algunos de los teatros de Burdeos, si es que sus oídos están dotados de tan fuertes tímpanos que puedan sufrir la algarabía de unas cuantas docenas de revendedores gritando á todo gritar : *une première ; deux secondes ; trois parterres : secondes, parterre, premières*. Y esto no solamente á la primera hora ó de entrada, sino durante todo el tiempo de la representacion, porque allí hay la costumbre de que muchos que asisten á una ó dos piezas de la funcion, benefician al salir sus billetes para otros que prefieren concurrir solo á la tercera y cuarta, con la rebaja de una mitad ó tercera parte de precio, de lo cual aprovechándose los revendedores, se llevan toda la noche haciendo un comercio activo, especie de tráfico de bolsa en que sufre el papel mil altas y bajas, alternativas y oscilaciones, segun la concurrencia que se presente al mercado, siempre atronando con sus voces y desahorados gritos.

La desconfianza en punto á la legalidad de estos documentos llega á tal punto, que ántes de tomar el concurrente posesion de su asiento, tiene que sufrir su billete el reconocimiento de tres aduanas por lo ménos, y poco falta para que haya que confrontarlo con el libro maestro como los billetes de banco ó los títulos del cinco por ciento de la deuda.

Yo veía sin incomodidad este desórden y llevaba sin alterarme estas impertinencias por el placer de decir : « Loado sea Dios que encuentro una cosa mas desarreglada que en España, y en que podemos ofrecer á nuestros vecinos lecciones de cultura, de arreglo y de generosidad. »

La plaza de toros.

Al leer este epígrafe estoy seguro que nadie creerá que voy á hablar de una costumbre francesa, puesto que en Francia ni hay plazas de toros, ni se conocen estas fiestas que la civilizacion, la humanidad y el buen gusto tienen tan admitidas en España. He aquí el mérito del viajero, encontrar en un país extraño lo que nadie ve, lo que no ha existido nunca.

Eran las seis y média de la tarde en Burdeos ; aun no había anochecido en Burdeos, y me dirigí al gran teatro de Burdeos. La escena es en Burdeos, señores : se me había olvidado expresar el lugar en que esto pasaba. Suntuosa entrada correspondiente á la

magnificencia del edificio : déjase el baston en depósito á un guardabastones con arreglo á ordenanza, la cual prescribe tambien se alce el depósito en el último intermedio de la funcion, mediante una retribucion módica : el mio me había costado real y medio de primera compra, y los derechos de depósito hicieron subir con el tiempo su coste á cinco pesos fuertes ; pero esta curiosa historia se reserva para contada aparte : subí por uno de los dos ramales de la gran escalera doble, y fuí á tomar posesion de una luneta : una mujer tuvo la bondad de abrírmela, porque allí los asientos de luneta están cerrados con llave para que no se escapen, y las mujeres en Francia son las interventoras, contadoras, administradoras, intendentas y subsecretarias de todo lo que pertenece ó tiene relacion con la hacienda.

El teatro, allí sala de espectáculo, es tan grandioso por dentro como da derecho á esperar su exterior suntuosidad y grandeza. Ejecutóse primero el *Shakespeare enamorado*, y en seguida se dió principio á la opera *Lucia di Lammermoor*. Era la primera salida (*début*) de *Mr. Mezeray*, baritono, y la segunda de *Mademoiselle Prevost-Colom*, prima donna tiple, y de *Mr. Duluc*, primer tenor. En la Santísima Trinidad solo padeció la segunda persona, en esta vamos á ver padecer á todas tres, y lo que es peor, á mí con ellas.

Hay un artículo de reglamento en el *gran teatro* de Burdeos, como en otros muchos de Francia, segun el cual el cantante que aspira á ocupar plaza en la compañía tiene que sufrir el ensayo de tres salidas. El público es el juez en este exámen. Si el público aplaude al candidato en estos ejercicios de prueba, la empresa le confiere la plaza ; si el público le desecha con demostraciones de desaprobacion, el candidato queda en el mismo hecho declarado cesante, y ya puede echarse á pretender por otra dependencia. La eleccion no puede ser mas directa, ni el gobierno mas democrático ; la soberanía reside esencialmente en el pueblo : el Poder Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial están reasumidos en uno solo, el pueblo ; república lírica completa.

El primer acto se había pasado sin una votacion decisiva y determinada ni en pro ni en contra de los *débutants* ; la cámara popular había vacilado entre el voto de confianza y el voto de censura ; no podía asegurarse quién obtendría la victoria, si la oposicion ó la fraccion ministerial, á pesar de los esfuerzos que esta hacia para conquistar los votos de los indiferentes á fuerza de palmadas y de *bravos*. Es de saber que en todos los teatros de

Francia hay una seccion de aplaudidores de oficio, que llaman *claqueurs*, ganada por los actores, y que le es siempre devota (*devovée*); especie de prensa ministerial pagada y sostenida á sueldo, ó bien comprometida por medio de alguna plaza ó asiento *gratis*, lo cual si bien hace resentirse, como es consiguiente, los fondos públicos teatrales y que los ingresos no correspondan á los gastos, esto les importa poco á los actores, que tienen asegurados sus buenos sueldos; lo que les interesa es procurarse una mayoría que los aplauda, ganar las votaciones y asegurar sus plazas en la empresa.

Mademoiselle Colom habia corrido sus riesgos de caer: *Dulus* se sostenia por respeto á sus buenos antecedentes y á los méritos que habia contraído otra noche en el papel de judío en la ópera *la Judía*: *Mezeray* era el que tenia contra sí una oposicion mas fuerte, por mas que se esforzaban en apoyarle los coros. Y todos tres estaban como unos pobres ministros puestos á discrecion de la pública censura y esperando el fallo de la opinion.

¡ Oh pobres ministros!
¡ Oh pobres actores!
¡ Ah, cuántos sudores
Os hacen pasar!

Con vuestros discursos,
Con vuestros gorjeos,
Á todos cual recs
Os hacen estar.

Así se pasó todo el primer acto, sin que se pudiese asegurar cuál sería el resultado de aquella acalorada discusion.

Tres recios y furibundos golpes sacudidos con un mazo sobre el tablado del foro en señal y mandato de que se alce el telon, anunciaron que la segunda sesion iba á abrirse. Y en efecto se abrió, pero bajo los mas funestos auspicios para el pobre *Mezeray* que hacia el papel de *Asthon*, no del embajador inglés que tenemos ahora en Madrid, sino de *Enrique Asthon*, hermano de *Lucía*; pues al cantar aquello que dice á Normando acerca de su hermana: « *Tremante l'aspetto*, la espero temblando, » comenzó una silba tan horrorosa (y aquí principia *la plaza de toros*), que aun- que despues Normando le decia: « *non temer* (no hay que temer), » bien sabia el baritono *Mezeray* que tenia que temer, y no poco.

Harto justificó sus temores la segunda escena con su hermana en el gabinete de su casa. Al decirla:

*Appressati, Lucia,
Sperai piu lieta in questo di vederti,
in questo di, che d' imeneo le faci
si accendono per te (1).*

Aproximate, *Lucía*. Creia verte mas alegre en el dia que himeneo enciende para ti su antorcha:

volvió la grita en todo su furor, y con tal fuerza que no le igualaba la de nuestro circo táurico cuando Roque Miranda pone como una criba á fuerza de estocadas dirigidas á *deum dedere* la piel de un inocente animal. Así es que la buena *Lucía* contestaba trémula, y con sobrada razon aquello de:

« *Il pallor funesto, orrendo,
che ricopre il volto mio,
ti rimprovera tacendo
il mio strazio.... il mio dolor.* »

« La mortal palidez que cubre mi rostro te acusa bastante; ella te dice que eres la causa de los martirios que sufro. » Y ciertamente que lo era el pobre *Mezeray*.

« *Cessa*, » le decia despues, « no prosigas. » — « Sí, sí, que cese, que cese, » gritaba desaforado el público. Y los silbidos se aumentaban, y crecia la algarabía y la confusion.

« Fuera *Mezeray*, fuera *Mezeray*, » gritaba la cámara democrática, ahogando los aplausos de oficio de la fraccion ministerial. Pero ¡lo que ciega el amor propio! Cuando la *Colom* cantaba: « *che fia.... ¿qué será?* » respondia el bueno de *Mezeray*:

« *Suonar di giubilo
senti la riva?* »

« ¿ No oyes sonar los vivas de júbilo? »

(1) Copio la letra en italiano, por ser mas conocida esta ópera en España en este idioma que en el francés, como allí se cantó.

Continuaban los silbidos y tambien el siguiente canto :

LUCIA *Un brivido
mi corre per le vene.
Un frio de hielo corre por mis venas.*

ENRIQUE. *A te s' appresta il talamo.
Se va á celebrar tu desposorio.*

LUCIA. *La tomba a me s' appresta.
Se celebrará mi funeral.*

« No, no, el de Mr. Mezeray, el de Mr. Mezeray, » gritaba el público, acrecentándose los silbidos horrorosamente. Entonces se convenció Mezeray que el voto de censura era lanzando á él y tocándole cantar :

*« Ora fatal é questa!
Sonó la hora fatal ! »*

volvió la espalda al público, y se retiró precipitadamente abandonando la escena.

Hizo pues dimision solemne de su cargo el ministro baritono. La pobre Lucía se sentó en la silla que le estaba preparada para cuando desfalleciese de dolor; la escena por parte de los actores se quedó muda y por parte del público tomó nuevo incremento la algazara, silbando no ya con loslabios solo, sino con chiflatos, y aun con trompetillas que para estos casos preparados llevan. Y cuando Lucía le tocaba cantar la siguiente romanza,

*Tu que vedi il pianto mio.....
tu que leggi in questo core,
se respinto il mio dolore,
come in terra, in ciel non é;
Tu mi toglì, eterno Iddio,
questa vita disperata.....
io son tanto sventurata,
che la morte e un ben per me !*

« Tú que ves mi llanto, eterno Dios.... Tú que lees en mi corazon..... librame del peso de una vida que detesto, si es que mis plegarias no son desoidas en tu soberana mansion como en este aborrecido mundo..... Soy tan infeliz que considero como un bien la muerte ! »

Esto no lo cantaba ya la *Colom*, sino que lo recitaba *Mezeray* allá tras de las bambalinas, aplicándolo á su situacion muy oportunamente. No parece sino que la escena del *Spartito* se hizo de

intento y proféticamente para el caso en que se vieron aquella noche *Mademoiselle Prevost-Colom* y *Mr. Mezeray*.

Á todo esto el telon permaneció alzado y Lucía inmóvil sentada en su silla, porque así lo prescribe en tales casos el reglamento teatral, segun el cual nadie puede abandonar la escena.

Contemple el piadoso hermano
en esta triste estacion
; cuál de la infeliz Lucía
estaria el corazon !

Contemplad, almas piadosas,
en média hora que duró
; cuánto el alma padeciera
de *Mademoiselle Colom* !

El público gritaba y chiflaba á su sabor y talante, sin que allí se viera aparecer para nada la autoridad : la soberanía residia esencialmente en el pueblo. Sin embargo, conociendo sin duda que el gobierno republicano no podia sostenerse sin degenerar en anarquía, oíanse algunas voces pidiendo « *la police, la police* (la policia). » Y así como en nuestras plazas de toros se grita algunas veces, *fuego! fuego! ó perros! perros!* así se gritaba tambien en aquella plaza de toros, « *le régisseur! le régisseur!* » Yo no sabía qué casta de pájaro podia ser este *régisseur*, y me figuré si sería acaso el *Maire* presidente de la municipalidad, ó bien el magistrado de policia. Tirabeque decia que era una de dos cosas, ó el regidor ó el corregidor. Hasta que vi salir al proscenio un hombre gordo, vestido de negro con cabos blancos, de toda etiqueta y ceremonia. Preguntó qué cosa fuese el tal *régisseur*, y me informaron que era el administrador de la empresa, especie tambien de director de escena, que está siempre preparado y vestido para cuando ocurren casos tales. El buen *Régisseur* se dirigió muy urbanamente al público, y al pronunciar : « *Messieurs.....* » una silba descomunal le impidió proseguir su peroracion. Esperó á que calmara la tempestad, y volvió á intentar hablar, pero otra vez se quedó en el « *Messieurs.* » Á la tercera consiguió que se le escuchase lo siguiente : « señores, quieren Vds. que vuelva *Mr. Mezeray* á desempeñar su papel? — No, no, » se le respondió de todos los ángulos del teatro. El público admitió definitivamente la dimision de *Mr. Mezeray*, y el *Régisseur* se retiró á comunicar al gabinete la resolucíon del pueblo.

Á poco rato volvió á salir el *Régisseur*, y preguntó : « Señores, ¿ quieren Vds. que sustituya á *Mr. Mezeray* en el papel de *ASTHON Mr. Derivis*? — Sí, sí, que salga *Mr. Derivis*. » — *Mr. Derivis* era otro primer cantante *bariton* de la *Grande Opera* de Paris, que se hallaba accidentalmente en Burdeos. Ya tenemos pues otro ministro reemplazando en comision á *Mr. Mezeray* por la voluntad del pueblo.

Entónces se bajó el telon : el público tuvo que esperar pacientemente otra média hora, en cuanto se avisaba y se ponía el uniforme ministerial *Mr. Derivis*. Llegó este, se corrió el telon, y se volvió á principiar por el segundo acto. La salida de *Mr. Derivis* fué aplaudida con un estrépito solo comparable á los sibildos anteriores. La marcha ministerial siguió por el resto de la funcion sin oposicion notable, si bien con parciales muestras de desaprobacion á algunos miembros del gabinete lírico en varios párrafos del discurso de la ópera. Concluyóse esta : *Mademoiselle Bellon* bailó la *crakoviana* y la *cachucha española* con gracia y aplauso, aunque un tanto desfigurada, y nos fuimos á acostar á las doce y média en Burdeos, habiendo entrado en el teatro á las seis y média en Burdeos, debiendo advertir que esta escena pasó en Burdeos, que ya se me olvidaba expresarlo.

Hasta ahora no hemos visto padecer mas que á dos personas de la trinidad *debutante*. El tenor *Duluc* no habia salido del todo mal librado, y tenia esperanzas de conservarse en el ministerio, pero le faltaba la tercera salida de prueba. Esta se verificó á las pocas noches con la ópera *Los Hugonotes*. Pero ¡ lo que son los partidos! En los pocos días que habian mediado de una á otra sesion, la fraccion ministerial que parecia tan compacta y que tan esforzadamente habia sostenido á *Mr. Duluc*, se habia pasado á los bancos de la oposicion y se habia formado contra él una coalicion horrorosa : el candidato se encontró con muchos *trásfugas*, como decia no há muchos dias por acá un jefe de la coalicion antiministerial.

¡ Oh pobres ministros!
¡ Oh pobres actores!
¡ Ah, cuántos sudores
Os hacen pasar!

Fiad en partidos,
Creed en alianzas,
Fundad esperanzas,
Tendréis un azar.

No tardó la coalicion en desplegar y hacer alarde de todas sus fuerzas, y aunque *Mr. Duluc* habia cantado bien la primer aria de su discurso, fué tal la oposicion sistemática que se levantó en la segunda, que todo el favor que le habia dispensado la versátil cámara cuando era Judío, se convirtió en guerra cruda cuando le tocaba ser Cristiano, aunque Hugonote ó Calvinista. La famosa y sangrienta jornada de San Bartolomé en el año 1572, en que tan horrorosa matanza hicieron los Católicos capitaneados por el Duque de Guisa en los Hugonotes ó protestantes, cuyo suceso se representaba en la ópera, pienso que fué ménos ruidosa que la noche del 15 de Setiembre de 1841 contra un pobre tenor ; y la suerte de *Mr. Duluc* no fué ménos azarosa que la del Almirante de Coligni. El desgraciado *Duluc* se retiró en medio de los mas atroces silbidos, gritos y demostraciones de desaprobacion de la nueva liga. La sesion se suspendió, y otra vez se pidió desentonadamente en aquella plaza de toros el *régisseur* y la *police*. El *Régisseur* salió al cabo de largo rato, y puso en conocimiento del pueblo soberano « que *Mr. Duluc* no accedia á continuar la representacion, por mas instancias que le habia hecho el gabinete entero y aun la misma autoridad, que hacia decididamente dimision, y que tenia el sentimiento de anunciar que no habia podido encontrarse quien le reemplazara. »

La gritería y el desórden del pueblo soberano llega á su colmo pidiendo que continúe la representacion, y que si no, hará un pronunciamiento en que correrá peligro todo el gabinete filarmónico, que le está privando de una funcion á que tenia un derecho imprescriptible mediante haber pagado su dinero. Entónces el *Régisseur* ó heraldo volvió á salir y dijo : — « Señores, tengo el honor de anunciar al público soberano, que en atencion á que no puede continuarse la representacion por esta noche con motivo de no hallarse quien reemplaze á *Mr. Duluc*, á quien Vds. en uso de su soberanía acaban de exonerar, se salgan Vds. cuanto ántes del teatro, recojan á la salida sus billetes, y acudan mañana de diez á cuatro á las oficinas del despacho, y se les volverá religiosamente su dinero. »

El pueblo chilló, voceó, se desahogó, pero al fin se sometió humildemente á una órden de la policia. Algunos grupos rebeldes iban quedando que deshacia la fuerza armada, y todos fuimos saliendo pensando no mas en recoger nuestro dinerillo al día siguiente.

Cayeron pues dos de las personas de la trinidad *debutante* ; y

solo quedó, por una de aquellas combinaciones raras que en las votaciones populares suelen ocurrir, *Mademoiselle Prevost-Colom*, á quien Dios conserve la fuerza de pulmon necesaria para hacerse oír entre aquellas griterías, y San Blas le mejore la garganta que no era por cierto de las mas aventajadas.

El público, mi soberano tambien, juzgará ahora si llamé con razon al *gran teatro* de Burdeos *plaza de toros*.

Primer camino de hierro.

Los dias que el temporal no estaba á propósito para tomar mi baño matutino, bien en los de *Orleans* sobre el Garona, bien en los de la *escuela de natacion*, ó bien en los del sólido y magnífico edificio de *Chapeau-Rouge*, destinábalos á hacer alguna excursion por las cercanías de la capital.

Una de ellas fué á *La Teste*, pueblecito distante unas 13 leguas francesas al Suroeste de Burdeos, cerca del golfo de Gascuña, en terreno de Lándas. Primer camino de hierro que se encuentra yendo de España, y el primero (confieso humildemente mi atraso en conocimientos camineros) que veíamos los dos exclaustros viajeros en toda nuestra vida. Por lo mismo era mayor y mas natural nuestra curiosidad.

Sin embargo, no me detendré ahora á hacer la descripción de los caminos de hierro, ya porque vendrá mas adelante la Bélgica, que es el país en que mas abundan y en que están mejor organizados, ya porque el de Burdeos á la Teste dista todavía mucho del estado en que se encuentran otros de la misma Francia, aunque no sea sino por constar este de un solo carril, y de consiguiente no poder emplearse los convoyes en viajes de ida y vuelta simultáneamente como en los demas, ni por otra parte es el movimiento tan rápido y veloz como el que se experimenta en los caminos belgas. Los coches, sí, son hermosos y bien acondicionados, y participan de la belleza y solidez comun á todos los carruajes de Burdeos; de cabida de treinta personas cada uno, divididos en tres cómodos departamentos de á diez.

Cuando Tirabeque vió aquella larga fila de coches, char-á-banes, wagones y furgones que constituian el convoy expedicionario; abrió la boca, me encandiló los ojos, se santiguó y dijo: « ¡ qué barbaridad, mi amo! — ¿ Pues dónde y cómo, le repliqué, querias tú que se acomodaran las 300 personas que próximamente has visto acudir á tomar asiento? Y vámonos á buscar el que nos cor-

responde, porque el convoy se va á poner muy luego en marcha. — Deje Vd., Sr., que no corre prisa, porque primero que enganchen los caballos, que tengo para mí que no deberán ser ménos de cincuenta ó sesenta para arrastrar todo este tren..... — ¡ *Oh terque quaterque stultus laicus!* ¡ Oh tres y cuatro veces estólido lego! ¿ Pues no sabes, hombre mil veces lego, que los coches en caminos de hierro no son tirados por caballos sino por esa máquina de vapor que ves humeando ahí? — Sr., es verdad que yo habia oido que andaban por vapor, pero creí que era por medio de caballos de vapor. — Calla, estúpido, calla, no prosigas, no sea que te oigan y desacredites el nombre español: entra ahí cuanto ántes y enmudece.

Entrámos; sonaron las ocho y média, y púsose en movimiento el convoy. Apénas habíamos salido á campo raso cuando lo primero que hizo el bueno de Pelegrin fué asomar medio cuerpo por la ventanilla: le tiré del brazo, y le dije: « lee, si sabes, ese escrito. » Leyó y decia: « Se prohíbe fumar dentro del carruaje. Se prohíbe igualmente sacar fuera de las ventanillas la cabeza, brazo ú otra cualquier parte del cuerpo. La empresa no responde de los azares que puedan suceder á los viajeros que no se sujetaren á estas prevenciones. » ¡ Hola, hola, mi amo! exclamó Tirabeque; está visto que aquí no hay que andarse en bromas; recojámonos hácia adentro, que no me haria gracia desmembrarme á vapor. — No creo que en este camino, añadí, haya peligro alguno, pero podia por una incidencia casual hallarse algun tropiezo y entónces no te costaria mas que dejar la cabeza, el brazo ó lo que llevases fuera, y tu seguirias muy sereno hasta concluir la jornada; cuanto mas que el fogon de la máquina siempre va soltando algunas ascuas, y tampoco te gustaria que te se chamuscara la caballera. — No Sr., no; asomaré cuando mas un cuarto de nariz.

La rapidez con que se marcha apénas nos permitia ver los camineros que de média en média legua, colocados en pié á la orilla del camino, con una mano puesta sobre el corazon y con el otro brazo extendido, indican que el convoy puede seguir sin inconveniente por el trozo puesto á su cuidado: asi como desaparecian instantáneamente las casetillas de madera de trecho en trecho colocadas y sobre las cuales tremolan en los casos necesarios banderas ó pabellones que sirven de aviso al director del convoy. Conversando iba entretenidamente, yo Fr. Gerundio, con otro compañero de viaje, sobre la suavidad del movimiento de los coches, cuando exclamó Tirabeque como con sorpresa: Sr., Sr., ¿ qué dia-